

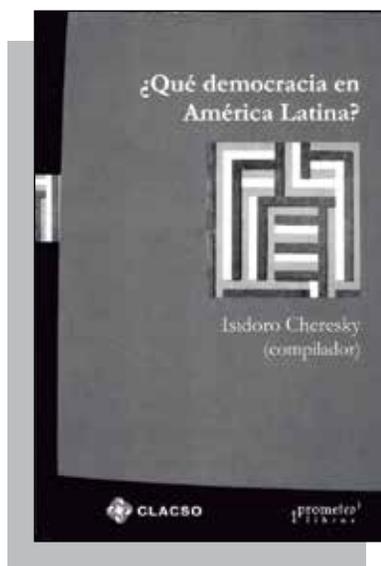
tradiciones frente a una compleja historia de relaciones, intercambio, conexión y mezcla.

Por una parte, el texto adelanta sus más importantes causas: matrimonios y relaciones interétnicas, y cambios en la matriz del sistema económico. Sin embargo, las preguntas remiten a interrogantes cuyas repuestas, en todo caso, no son definitivas. A ellas podrían sumarse otras que permitan comprender este proceso de cambio desde las nuevas generaciones tsachilas, lo cual nos lleva a pensar si los nuevos actores buscan y quieren perpetuar las normas comunitarias, reproducirlas o deconstruirlas; si el resultado del desarrollo de fuerzas intrínsecas de la comunidad, y por ende la pérdida de la identidad, es valorado como negativo por los propios tsachilas.

Las respuestas a estas inquietudes requerirán de nuevas investigaciones. No obstante, el presente texto tiene el mérito de haber abierto, desde la labor antropológica, numerosas puertas para futuros análisis que puedan llegar desde otras disciplinas, que aporten elementos en los debates sobre reconstrucción de la memoria histórica, políticas culturales, estrategias estatales para la ‘realización’ del Estado plurinacional e intercultural, coordinación de los sistemas de Derecho, entre otras dimensiones, que se abren en torno a etnias en largos procesos de transformación.

Liliam Fiallo Monedero

Estudiante de maestría, FLACSO-Ecuador



Isidoro Cheresky (Compilador)
¿Qué democracia en América Latina?
 Prometeo Libros, Buenos Aires, 2012,
 300 págs.

La democracia en América Latina, mirada a través de diferentes ángulos –como ideal, como forma de gobierno, como actividad ciudadana– se halla sumida en un profundo proceso de transformaciones. El surgimiento de liderazgos personalistas, un aumento en la conciencia de derechos, la centralidad del espacio público para el debate ciudadano y la interpelación al poder, son fenómenos que dan consistencia al diagnóstico de una “mutación democrática”. Sin embargo, el análisis de las diversas configuraciones democráticas, revela que el sentido de estos cambios es ambivalente, pues junto a una ciudadanía desafectada de sus lealtades tradicionales e instalada en la desconfianza, se agudizan las prácticas clientelares; la afirmación del método electoral como forma de dirimir los conflictos convive con la demanda ciudadana de legitimación permanente de las decisiones;

junto a la promoción de estrategias de empoderamiento de la sociedad civil se erigen estructuras burocráticas ineficientes y poco abiertas a la participación; la expansión del principio igualitario como reconocimiento de las diferencias y los derechos étnicos, coexiste con liderazgos con pretensiones paternalistas y con el ascenso de élites que buscan mantener sus privilegios.

¿Qué democracia en América Latina? es un trabajo colectivo que recoge las contribuciones del Grupo de Trabajo “Ciudadanía, organizaciones populares y representación política” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Esta interesante compilación cumple con el propósito de analizar comparativamente la mutación democrática en diversos países de la región. Así, los ensayos, que se encuentran distribuidos en tres secciones, abordan las transformaciones en la democracia privilegiando, cada uno de ellos, un prisma conceptual en particular: la legitimidad democrática, la representación política o el liderazgo, pero sin perder de vista el conjunto de los elementos que constituyen al régimen democrático.

En la primera sección, “Mutación y legitimidad democrática en América Latina”, el artículo de Isidoro Cheresky señala el advenimiento de una “democracia continua” en la región, que implica la emergencia de otras representaciones y legitimidades, dando lugar a una dinámica en la que los ciudadanos evalúan permanentemente a los gobernantes y vetan sus decisiones. El ensayo de Hugo Quiroga, con referencia al caso argentino, plantea que, junto con la “legitimidad de procedimiento” y la “legitimidad de gobierno” emerge la “legitimidad de la opinión pública”, asociada a la expansión de los medios de comunicación y a la aparición de nuevos liderazgos.

La segunda sección se centra en las formas emergentes de representación políti-

ca. Aquí, el artículo de Gerardo Caetano y Gustavo de Armas plantea que los partidos y las elecciones mantienen la centralidad en Uruguay, pero a su vez va emergiendo un electorado con comportamientos más imprevisibles. Para Leonardo Avritzer, en Brasil, frente a la deslegitimación de la representación tradicional, se consolida una agenda de la sociedad civil debido al fomento de instituciones participativas e instituciones imparciales. Alberto Olvera da cuenta de la debilidad estructural de la sociedad mexicana, la cual se expresa públicamente en un “lenguaje del poder” que reclama solo por la atención concreta de sus necesidades. El ensayo de Aldo Panfichi conceptualiza la emergencia en Perú de dos formas de representación que se superponen a la electoral: la “representación contenciosa”, surgida de la conflictividad social, y la “representación espejo indígena”, basada en la semejanza sociocultural entre los representados y los líderes de gremios campesinos e indígenas considerados “reflejo” de su comunidad. Finalmente, Rodrigo Losada explica que en Colombia los sectores sociales son crecientemente representados por formas no electorales, como organizaciones de la sociedad civil, personeros municipales, magistrados de las cortes y medios de comunicación.

En la última sección, “Liderazgos personalistas en América Latina”, el ensayo de Margarita López Maya y Dinolis Panzarelli analiza las características del discurso del liderazgo populista de Hugo Chávez en Venezuela y del recurso a estrategias de legitimación permanente del líder; por ejemplo, el desarrollo de un “Estado comunicador” y de redes populares para la organización y la movilización electoral. El artículo de Carlos de la Torre sobre Ecuador es un interesante estudio acerca de las peculiaridades de un populismo que deviene en una nueva forma

de elitismo, producto de la consolidación de una élite tecnocrática estatal. El artículo de Fernando Mayorga analiza el liderazgo de Evo Morales en Bolivia, centrándose en su carisma y en un modelo estadocéntrico, en el cual el sujeto plurinacional solo puede ser representado por el Estado, que condensa y sintetiza la diversidad étnica. Por último, el trabajo de Osvaldo Iazzetta explica que el caso argentino durante los gobiernos kirchneristas comparte dos rasgos con los populismos andinos: la dramatización del conflicto y la vocación refundacional de los líderes.

Sin duda, el libro constituye una interesante interrogación sobre las luces, sombras y claroscuros de las transformaciones en las democracias latinoamericanas. Sin caer en visiones teleológicas, contribuye a iluminar los rasgos de la democracia mutada planteando líneas de continuidad y de fractura particulares en cada caso. A la vez, los análisis desarrollados evitan posturas normativistas que permanecen incólumes frente a los procesos actuales en defensa de modelos ahistóricos y abstractos; los artículos muestran más bien sensibilidad por el análisis histórico de estas transformaciones y una preocupación por señalar los desafíos y los riesgos a los que podrían conducir. El libro promueve, además, una perspectiva comparada que permite al lector apreciar la especial relevancia de ciertos fenómenos en algunos países de la región.

Ecuador, Venezuela y Bolivia son los casos paradigmáticos de consolidación de liderazgos populistas. Allí se plantean los problemas de la encarnación del poder, la concepción del adversario político como enemigo, el modo decisionista de gobernar y la cooptación estatal de las esferas de participación y deliberación ciudadana. Los autores evitan referirse al populismo como forma desviada de la política, sin alinearse con posturas normativas que descalifiquen este fenómeno;

por el contrario, encuentran en esta categoría una potencialidad heurística para medir los alcances y los riesgos de este nuevo tipo de liderazgos.

Argentina, Brasil, Colombia y Perú son casos que dan cuenta de cómo surgen nuevas representaciones y legitimidades más allá de, y a veces en tensión con, la representación electoral. El riesgo aquí es doble: por un lado, la deslegitimación de Estados incapaces de canalizar las demandas ciudadanas de control del poder y de legitimación pública de las decisiones; por otro, la protesta ciudadana informal también puede derivar en la fragmentación política, en particularismos que solo demanden la solución de sus necesidades concretas.

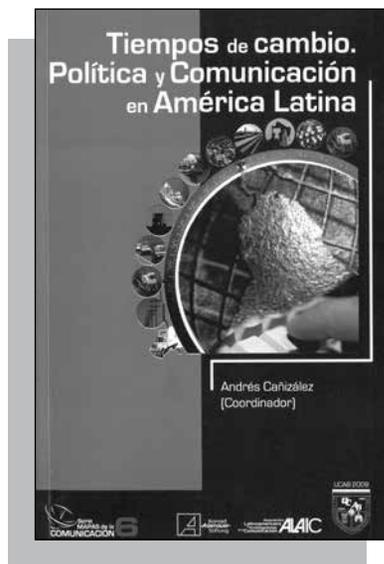
México es el caso que constituye la contracara de estos procesos. Allí, la democracia aparece como netamente deficitaria, salvo en la consolidación de su faceta electoral. Sin embargo, la denuncia de la precariedad de la ciudadanía civil y social, muestra que sí existe en algunos movimientos una conciencia de la necesidad de una agenda propia y autónoma de la sociedad civil. Otro caso singular es el de Uruguay, donde la representación electoral y los partidos son aún las instancias de mediación más importantes de la sociedad. Sin embargo, dicho país no permanece al margen de profundos procesos de cambio en el comportamiento ciudadano, en la emergencia de un espacio público mediático y en el surgimiento –otrora impensado– de líderes personales como su actual presidente, José Mujica.

El aporte principal de este libro es la comprensión de la democracia en su complejidad. A diferencia de planteamientos que la reducen a la división de poderes o a los métodos para la selección de líderes, aquí se da una definición ampliada: como ideal nunca cumplido plenamente, como forma de elegir

gobernantes, como participación ciudadana vigilante del poder y como modo de gobernar. Podría objetársele, sin embargo, que en su pretensión de exhaustividad, este volumen no desarrolla en profundidad algunas otras dimensiones de la democracia; por ejemplo, la conceptualización sobre el lugar de la deliberación en la comunidad política.

Frente a la imposibilidad de una respuesta unívoca al interrogante sobre *¿Qué democracia en América Latina?* esta obra acierta en dejar abierta la respuesta. Las características de la democracia indican que la incertidumbre es un aspecto constitutivo del devenir de su morfología y de sus posibilidades. Por ende, el enigma democrático no puede abordarse sin tomar en cuenta su complejidad, presente en las diversas configuraciones democráticas nacionales y reflejadas en los matices presentados en los artículos que componen este libro.

Leandro Eryszewicz
Doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires



Andrés Cañizález (coordinador)
Tiempos de cambio. Política y comunicación en América Latina
 Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2009, 226 págs.

América Latina ha sido una región históricamente signada por la desigualdad, por lo que, la aparición en el continente de “una nueva política”, llama la atención y plantea cierta curiosidad como lo afirma Andrés Cañizález, compilador de esta obra. Durante muchos años, los especialistas observaron que el vacío institucional creado por los procesos políticos que tuvieron lugar en la región, había sido en cierta forma ocupado por los medios de comunicación, que intentaron constituirse en canales de demandas ciudadanas y de crítica pública. En este contexto, la actuación política de los medios aparece en forma clara en esta obra, pero también su rol como espacios y escenarios de alianzas, de conflictos o de “atrincheramientos” por parte de los gobiernos.

No obstante, los medios no son simples receptores de los mensajes del sistema político,